

El cielo derramado. (Patencia de Monseñor Romero en el arte universal)

Francisco Andrés Escobar

Resumen

Monseñor Romero ha penetrado a la dimensión de lo simbólico, de lo figurativo, del arte. Su persona —entrega total— está inspirando a quienes inspiran a la humanidad con la palabra poética, con la plástica, con el drama, con el pensar y el sentir hechos música. Desde el arte popular más ingenuo de un exvoto colgado en su sepulcro hasta el cine que recorre el mundo, y la ópera, conjunción plural de la expresión estética.

¿Por qué? Porque su vida abundó en los grandes valores humanos que alientan el arte: el bien, la verdad, la libertad y la justicia.

En uno de estos años anteriores, mientras se conmemoraba otro aniversario más del martirio de Monseñor Romero, fui a visitar su sepulcro. Confundida entre la multitud visitante, y en medio de un marco de velas, rezos y flores, una anciana mujer trataba de colocar, en la pared del sitio, una sencilla pintura. Traté de auxiliarla, y juntos logramos fijar el exvoto.

Entre amarillos, celestes, rojos, verdes y azules, el cuadro representaba la humilde habitación de una casa pobre. Un niño yacía en una cama, mientras una mujer, arrodillada al lado, lo atendía y oraba a la vez. Encima de la casa flotaban nubes, pájaros y, como asomando desde un lugar

dorado y luminoso, puesto más allá de toda contingencia, aparecía el rostro de Monseñor. Un maizal y unos cerros floridos cerraban hacia atrás la escena.

“Lo hizo mi nieto mayor”, me explicó con humilde orgullo la anciana. Luego agregó: “Cuando al más chiquito de todos lo hirió una mina, yo le pedí a Monseñor que no me lo dejara morir. Usted sabe, uno de abuela al pequeño es al que más quiere. Monseñor me hizo el milagro. Manuel no murió. Tampoco quedó inválido. Perdió tres dedos de un pie y quedó con cicatrices en las piernas; pero no se murió mi muchachito. Y anda bien. Por eso he venido a poner aquí este cuadro.

Es para agradecer. Y para que se sepa”.

La anciana me contó, después, muchos detalles sobre ella, su familia, su pueblo natal. Habló largamente sobre los días de sufrimiento durante esta prolongada guerra.

Al final, ya casi al despedirse, la anciana agregó: “Sé que esta pintura está mal hecha, que no vale nada, y que pronto va a desaparecer; pero lo que vale es la intención. A mí se me hace que otras personas, que saben más de todo esto, también están pintando y escribiendo cosas sobre Monseñor. Yo no sé leer; pero mi nieto mayor sí; y él me ha leído pedazos de un libro en que se cuenta cómo era Monseñor cuando chiquito, cuando estuvo en el seminario, cuando se hizo padre y cuando llegó a ser lo que fue”.

Se quedó un momento pensativa y luego, como si hubiera extraído sus palabras desde muy hondo, cerró la conversación con una frase luminosa: “Para nosotros, los de este país, Monseñor es algo así como si el cielo se nos hubiera derramado encima”. Después se despidió y se fue.

No he podido olvidar a la anciana. La veo, en mi recuerdo, magra, morena, gastada por la vida y por el tiempo, vestida con un sencillo atuendo de zaraza con paletones en la falda y con buches en las mangas, calzada con unos polvorosos zapatos de hule, cubierta la cabeza con una toalla, con un breve pañuelo y un gastado monedero entre las manos.

Yo, como tantos, ya había reparado en la capacidad de convocatoria espiritual de Monseñor Romero. Me había dado cuenta de que aquella creció, y sigue creciendo, después del martirio. Pero no había reparado en este hecho: de ser fuente y esperanza y consuelo para los ruegos de los más humildes, Monseñor había empezado a ser fuente de inspiración para la obra creadora de muchos artistas.

Empecé, entonces, a indagar. No pretendía una investigación exhaustiva. Sólo buscaba tener un inventario mínimo de cuanto diversos artistas, en ramas diversas y en distintas latitudes, habían comenzado a elaborar a partir de la figura de Monseñor.

Mi primer encuentro fue con el arte popular: exvotos, poemas y “corridos” habían nacido de pintores, poetas y compositores anónimos. El gran retrato que preside la tumba del mártir es el epítome de este primer momento de eclosión estética inspirada por el pastor caído.

Después me enteré de otros cuadros: el de Benjamín Cañas, salvadoreño, que preside la sala del Consejo Superior Universitario de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”; el de Miguel Angel Orellana, ubicado en la capilla de la misma universidad; y el de Michael Walker-Carrasco, divulgado por el mundo a través de inúmeras reproducciones.

Conocí varias piezas de teatro: *La ofrenda escarlata*, de Jean Pierre Norte, escrita y puesta en escena en Francia; *El martirio del pastor*, de Samuel Rovinski, costarricense, estrenada como lectura dramática en Estados Unidos, luego puesta en escena por la Compañía Nacional de Teatro de Costa Rica; *Golpes a mi puerta*, escrita por Juan Carlos Gené, venezolano, en 1983. Después me enteraría de que la Compañía de Berlín, Alemania, había estrenado, en 1989, *Oscar Romero*, de Gerhard Fries.

En música encontré un oratorio: *Requiem e invocación*, con letra de Desise Levertov y música de Newell Hendricks, estrenado en mayo de 1983 en el teatro Sanders de la Universidad de Harvard, Estados Unidos.

Supe también que, durante ese mismo año, en un claustro estudiantil de Londres se había estrenado una ópera sobre el martirio de Monseñor. Más tarde o más temprano llegará la partitura al sitio pertinente.

El arte biográfico había dado ya lugar a obras: la del padre Jesús Delgado, salvadoreño, y la del padre James Brockman, norteamericano, traducida luego al portugués y al francés.

Después me enteraría de que *Monseñor Romero, mártir de El Salvador*, del padre Plácido Erdozain, publicada por Orbis Books, Maryknoll, en Nueva York, en 1984, había sido traducida en la India.

Me encontraría también con otras obras de

Uno de los rostros más visibles de Monseñor Romero es su ira amorosa y profética contra la injusticia.

* * *

carácter biográfico interpretativo sobre el pastor y su pueblo: la de Carlos Barraza y otros, publicada en Venezuela, en 1980; la de William O'Malley, publicada en Nueva York, también en 1980; la de Dermot Keogh, publicada en Irlanda, en 1981; el interesante Cuaderno número 5, de HOAC, Madrid, 1983, donde, con textos y dibujos, se desarrolla *La palabra viva de Monseñor Romero*; la obra de Ludwig Kaufmann, publicada en Madrid, en 1986.

Más tarde me había de caer entre manos la biografía teológica escrita por el Padre Jon Sobrino; y me conmovería luego con el filme *Romero*, dirigido por John Duigan, predicado por Ellwood E. Keiser, C.S.S.R., y protagonizado por el actor portorriqueño Raúl Juliá.

También me habría de enterar de toda una cantera de poesía romeriana donde, a nombres internacionales como el de don Pedro Casaldáliga —sacerdote, obispo y poeta—, se agregarían nombres importantes en la poesía salvadoreña: Matilde Elena López, Rafael Rodríguez Díaz, José Roberto Cea, Carmen González Huguet, Otoniel Guevara, Mario Noel Rodríguez, y más, cuyas elaboraciones poéticas, en su momento, habían tenido como materia la figura de Monseñor.

También, en el transcurso de mi pesquisa, me iba a dar cuenta de inúmeros artículos escritos sobre el mártir en diversos sitios alejados del país.

Sorprendido por el fenómeno, me pregunté entonces: ¿Por qué? ¿Por qué Monseñor ha calado tan hondo en la conciencia humana? ¿Por qué su vida, su obra y su martirio se han constituido en fuente de inspiración para los artistas, a pesar de todo el silencio impuesto por diversos poderes del país sobre el arzobispo asesinado?

No he encontrado una respuesta definitiva. Sólo he conseguido elaborar algunas reflexiones. Desde ellas he intentado explicarme este "derrame del cielo" sobre la conciencia y el trabajo de quienes hacen su obra con distintas herramientas del arte.

El bien, la verdad, la libertad y la justicia son valores humanos, aliento de toda obra de arte. Monseñor Romero, en su palabra y en su vida, es patencia, encarnación histórica de tales valores. Ejerce, en consecuencia, un doble papel: modelo de identificación para las naturalezas humanas aspirantes a encarnar en sus vidas personales aquel sistema valorativo, y aliento inspirador para la obra creadora a través de cuya materia, sustancial y formal, un artista, desde su tarea humanizante, busca reverenciar, exaltar y defender tales valores.

El bien. Monseñor Romero es la patencia del bien estructural, que sacude las entrañas de las estructuras de pecado en el ámbito de la sociedad salvadoreña, y desde allí irradia su impacto a otras sociedades.

Monseñor llama a la conversión personal y social, al abandono del mal y a la instauración del bien —en los ámbitos individual y colectivo de la vida— porque sabe que el problema del hombre salvadoreño actual, y del hombre universal, es haber enrumbado la experiencia de la vida hacia un norte donde la malignidad ha sustituido a la benignidad, la sinrazón a la razón, el solipsismo iracundo y egoísta a la solidaridad triunfante y generosa.

Monseñor Romero entusiasma e inspira porque él sabe, y con él se sabe, que el bien es posible si se desatan sus hilos luminosos cuya madeja radica en el alma humana y desde allí se extienden al ámbito del mundo.

La verdad. Monseñor es también la patencia de la verdad —de la búsqueda y manifestación de la verdad— de cara a las estructuras de la mentira. Para él, la verdad es obra del conocimiento ejercido desde una razón lúcida y desde un corazón bondadoso.

A partir del contacto radical con las fuentes más hondas de la vida —el sufrimiento de los pobres— Monseñor se da cuenta de que la verdad

de la patencia de Dios —como voz o como silencio, como presencia o como ausencia, como quiere ser o como no lo quiere— se palpa en ese mundo donde la esperanza y la desesperación alcanzan sus límites extremos.

Por tal certeza, Monseñor apela a la conciencia del hombre salvadoreño, y de todos los hombres de la tierra, en favor de la verdad bajo cuya luz queden claras las estructuras del sufrimiento y se potencien desde allí las estructuras de la redención.

Desde su adhesión a la verdad, Monseñor también entusiasma e inspira. El sabe, y con él se sabe: los ámbitos de la mentira —potenciados a su vez por el mal estructural— pueden ser desarticulados si se va hacia ellos con la razón como instrumento y con la bondad como intención.

La libertad. El arzobispo mártir es epítome de libertad. Libertad en tanto modo personal de habérselas con los distintos ámbitos de la vida y de la historia. Libertad en tanto búsqueda utópica de una manera como las posibilidades del hombre puedan realizarse a plenitud en comunión con los otros.

Monseñor entiende que la libertad personal es una amplitud del espíritu, más allá de las barreras impuestas por las contingencias inmediatas. Implica, ella, capacidad para el discernimiento y para la responsabilidad.

Entiende, también, que la libertad de todos es obra de la justicia en todos y en todo. Requiere, por lo tanto, sentido de realidad, discernimiento ecuánime y una generosa apertura interior hacia el dolor de los demás.

Por cuanto la libertad es condición posibilitante para el desarrollo pleno del hombre, Monseñor —hombre espiritualmente libre y buscador de la libertad integral para los hombres de su país y del hombre universal— resulta aquí también inspirador. Es que detrás de la libertad está el amor, apetencia radical del alma; el amor que precisamente emana y ama desde la libertad.

La justicia. Uno de los rostros más visibles de Monseñor Romero es su ira amorosa y profética contra la injusticia. Desde su inmersión en la raíz

del pecado estructural salvadoreño, él se da cuenta de que “el dolor de los abajo, a los de arriba sostiene; y los de arriba olvidaron que está la deuda pendiente”, para decirlo con antiguas y presentes palabras de Claudia Lars.

Desde tal certidumbre, el pastor clama incesantemente —por todos los medios posibles a su alcance— en favor de una condición justa donde los bienes de la vida —lo que el cielo nos da— estén disponibles a todos en igualdad de oportunidades.

Por su opción en favor de la justicia plena, Monseñor se convierte en voz de los de abajo, en “voz de los sin voz”. Por ella también entra en conflicto frontal con diversas instancias y formas del poder temporal. El recuerda a los de arriba la deuda aún no saldada. Escorche la conciencia. Fustiga las cuerdas morales más profundas. Por este rostro de su talante profético va a llegar hasta el martirio.

Todo pudo haberle sido perdonado a Monseñor por quienes lo aniquilaron. Al fin, el bien resultaba aceptable como una utopía espiritual, la libertad como una tarea política, y la verdad como una empresa del conocimiento; pero la justicia... la justicia tocaba la injusticia y ésta no podía separarse de una moral personal y social, encarnada en el aquí y en el ahora de la historia salvadoreña. La aniquilación martirial del profeta resultó, entonces, necesaria y justificada ante los ojos del poder.

La opción y vocación por la justicia es, quizás, la arista más fulgurante de Monseñor y la más inspiradora para otras vocaciones humanas tendidas hacia la remodelación de un mundo convulsionado por el sufrimiento como consecuencia de los actos injustos.

No es posible separar el bien, la verdad, la libertad y la justicia. Tales valores son el fundamento de toda tarea humanizante. Si la justicia aparece más urgente y emergente es porque su conculcación se constituye en el síntoma perceptible cuando la noción del bien, la dirección de la verdad y la práctica de la libertad han entrado en corrupción en las oscuras alacenas del espíritu humano.

De hecho, para Monseñor la libertad es obra de la justicia, la justicia obra de la verdad, y la verdad obra del bien instalado como principio rector e iluminador en el corazón del hombre.

Con tal modo de concebir y de vivir —en palabra y en obra— estos valores, y con un modo de defenderlos caracterizado por la capacidad de enfrentarse a polos de signo diferente, por cuanto tales valores trascienden sistemas y posturas temporales inmediatas, Monseñor Romero adquiere un talante de *consolación* y de *inspiración*. Consolación ante el presente agónico; inspiración ante el futuro utópico.

En Monseñor hay una ética y una estética de la vida. Ética en tanto modo de vivir en el mundo. Estética en tanto modo de modelar el mundo para hacerlo vivible. En Monseñor hay una prospección arquitectónica de la vida, en tensión toda hacia la perfección y la belleza de la paz.

Toda esta dimensión —verdadera grandeza espiritual suya— se alza desde una estructura humana noble y miserable a la vez, como es la naturaleza de todo hombre. Quienes trataron personalmente a Monseñor y conocieron sus debilidades y fortalezas, quienes han leído a fondo su diario y han intuído sus luminosidades y sus claroscuros, saben muy bien que él —como todo humano— fue una línea torcida de Dios, donde el Creador escribió recto sobre los renglones de otras vidas.

Quienes lo conocieron, lo trataron, lo escucharon y lo leyeron saben cómo la virtud y la santidad no son puntos de partida. Son terminales de llegada, después de una lucha frontal consigo mismo y con el mundo. Son sublimaciones triunfantes sobre la humanidad precaria. No son un triunfo de la naturaleza humana, sino un triunfo sobre ella, a partir de ella misma.

Con este talante, resulta en consecuencia lógico que el arzobispo se haya convertido en una fuente de inspiración para el trabajo artístico: encarna los grandes valores universales apetecidos desde siempre por la ética del arte, y tal encarnación tiene lugar desde una común, imperfecta y precible naturaleza humana.

El artista, el buen artista, desea vivir y consagrar su vida al servicio de aquellos valores y a su formalización en la obra pertinente. Desea, al mismo tiempo, la comprensión para su proceso creador alzado desde su imperfecta naturaleza de hombre.

“Yo soy un hombre vulgar, pero mi música no lo es”, dice el protagonista en *Amadeus*. Esta verdad —real, hermosa, y dolorosa a la vez— fundamenta la creación del artista y la elevación del santo y del místico. Es a partir de ella desde donde debe entenderse este otro ámbito de ve-cinidad espiritual que los artistas, consciente o inconscientemente, experimentan entre ellos y la realidad personal de Monseñor.

Pero hay más: Monseñor Romero es un personaje trágico. Y nada insufla tanto aliento inspirativo en los artistas como la condición trágica.



Monseñor Romero adquiere un talante de consolación y de inspiración. Consolación ante el presente agónico; inspiración ante el futuro utópico.

No por una gratuita antropofagia de salón, sino por la dimensión arquetípica ofrecida por los personajes trágicos respecto de la humanidad toda.

La esencia de lo trágico es una confrontación, una derrota y una ascensión. Confrontado ante el mundo, derrotado por el mundo, el ser trágico asciende a la grandeza, después de haber bajado al sufrimiento y a la muerte.

A veces, el ser trágico camina, contra su propia voluntad, hacia el deceso ineluctable. A veces camina hacia allí, movido por una voluntad donde luchan poderosas fuerzas interiores por alcanzarlo. Por eso, el ser trágico se eleva sobre la condición humana normal: es una especie de hombre sostenido por el ideal, atribulado por el miedo, alentado por la valentía y accionado por el heroísmo.

De algún modo, todo humano es un ser trágico: por la confrontación y la derrota impuestos por el sufrimiento y la muerte sobre la vida; pero hay hombres en quienes la condición trágica se vuelve arquetípica: son aquéllos en quienes el ideal, el miedo, la valentía y el heroísmo alcanzan intensidades máximas y consecuencias últimas. Son aquéllos cuya experiencia individual —en cuadrada y potenciada por la historia— reúne y expresa la médula y el aliento más profundo del ser colectivo.

El talante trágico de Monseñor Romero viene definido, de una parte, por el desgarramiento espiritual del pastor ante las sollicitaciones y presiones de dos mundos diferentes: el mundo de la opulencia y el mundo de la pobreza. De otra, por el cultivo y adherencia cuyo límite último fue una real y radical opción evangélica por la causa de los pobres, más allá de cualquier condicionamiento contingencial inmediatista, de cara únicamente al Dios de su fe.

Por razones de su opción, Monseñor se confrontó con el mundo. En la confrontación recibió la amenaza, el engaño, la difamación, la infamación... y la muerte. Experimentó el silencio de Dios, y fue derrotado por el mundo, de un modo

inmediato. Mas luego inició una ascensión que paulatinamente fue y va pasando por los ámbitos del heroísmo, del martirio y de la santidad.

Sostenido por sus grandes valores e ideales, sacudido por sus propias debilidades y por el miedo humano ante el sufrimiento, alentado por la valentía de quien ha descubierto y asumido su vocación más última, y accionado por unas fuerzas interiores poderosas, inexplicables desde su frágil estructura física, el arzobispo salvadoreño culminó en la muerte martirial su destino de hombre, de sacerdote y de profeta. Este proceso no es otro que el de un ser trágico.

Desde tal identidad trágica —tragedia personal del mártir, signo patente de la tragedia de un pueblo martirizado, arquetipo de la confrontación trágica entre el hombre de talante heroico con las poderosas fuerzas de la vida— la figura de Monseñor Romero es recogida en la poética de los dramaturgos, de los cineastas, de los biógrafos, de los músicos, de los pintores. Desde tal identidad trágica, el arzobispo mártir se convierte en posibilidad poética de la realidad personal e histórica, a cuya actualización acuden artistas de diversas modalidades y de diversas latitudes.

Los años van a pasar y el "arte romeriano", sin duda alguna, seguirá acrecentando su cauce ya que la materia inspiradora va dando cada vez más de sí. El arte académico hará lo suyo, como lo hará también el arte popular anónimo y humilde. Para uno y para otro, Monseñor Romero es consolación elevada a inspiración que sale desde los límites recónditos del alma y retorna a ellos.

Mientras los dueños del poder y del dinero pasan y dejan atrás una marejada de horror y de muerte, el arte queda con su vocación de vida y de belleza, y en su marco de eternidad resplandece la realidad humana que, como Monseñor Romero, vivió para los propósitos más nobles.

* * *

Quizás ya nunca vuelva a encontrar a aquella

sencilla y anciana mujer con sus iluminadas palabras. A veces los arcángeles se disfrazan con rostros terrenos para luego volverse a su ámbito de luz. No importa. Lo importante es que me provocó esta explosión interna de reflexiones en torno a un mundo por mí muy querido. También me hizo caer en la cuenta de que, como en su historia y en

la de su pequeño nieto mutilado, en mi historia personal el cielo también se derramó una vez.

En 1985, cuando yo...; pero no. No es este el momento. Alguna vez podré y deberé contarlo. Cuando las palabras me alcancen para poner en ellas una serena y dolida experiencia.

